

# Capítulo 1

## *Arpegio desafinado*

*22 de noviembre de 1925*

Al despertar, noto que no va a ser una mañana como otra cualquiera. Un incesante martilleo golpea mis sienes mientras intento incorporarme. Oigo un respirar profundo y vuelvo la cabeza con dificultad. Mi tío Domingo dormita en una vieja mecedora, cerca de mí.

—Agua... Un poco de agua, por favor—mi voz suena ronca y profunda.

—Será mejor que no hables durante un rato —dice mi tío, desperezándose—. Esta vez ha sido más fuerte que las anteriores.

Su afable imagen contrasta con un timbre de voz tembloroso y un pulso renqueante; al servir el agua derrama un poco por entre la colcha y el suelo.

—¿Cuánto tiempo llevo así, tío?

Se echa la mano al bolsillo del chaleco y consulta su pequeño reloj.

—Aproximadamente, unas... cincuenta y cuatro horas. Nos has tenido muy preocupados muchacho; muy, pero que muy preocupados.

—No recuerdo gran cosa. ¿Qué me ha pasado?

En lugar de responder, se lleva la mano a la frente y comienza a pasar los huesudos dedos por el escaso cabello lacio. Su mirada vaga por una de las paredes del cuarto, incluso mientras responde:

—Ya hablaremos luego, más tranquilos. El doctor Messía te recomendó reposo, así que cuando te recuperes nos iremos una temporada al Viso: allí te pondrás bueno. ¿Qué te decíamos de pequeño? «Haz caso al galeno, si te...

—Yo ya no soy un crío. ¿Dónde está Isabel?

—Ha tenido que marchar a su pueblo. Un asunto familiar, dijo. Así que ahora cuido yo de ti. No te preocupes por nada y descansa, que lo necesitas. Quedan un par de horas hasta que amanezca.

Me suelta la parrafada de un tirón: algo está cambiando en mi tío.

No consigo volver a dormirme, torturado por una sucesión de pensamientos inconexos. Cuando la primera luz del alba despunta por la entreventana de madera vieja, me muevo inquieto en el lecho.

—¿Ya estás despierto, sobrino?

—Desde hace rato, y me encuentro mucho mejor.

—Eso está bien, pero no debes moverte. Me imagino que tendrás hambre, ¿verdad? Con un poco de suerte, tu ama habrá dejado algo en la despensa. Voy a ver.

Apenas se cierra la puerta, estiro mis músculos laxos y, tomando del armario la primera ropa, salgo hacia la calle lo más rápido que puedo. Afortunadamente, mi tío sigue obcecado en la cocina y no me ve.

Al traspasar el umbral, el bofetón de frío que me viene a la cara despeja el mareo acumulado. Noto cómo mis rodillas amenazan el propósito que oculto. Tras unos pasos inseguros, enfilo hacia la calle Postas sin importarme que doña Luisa, chismosa oficial del barrio, aparte su mirada y me niegue el saludo, otras veces insistente.

Tengo claro mi destino. Me apetecería mucho acercarme a la casa de los Mesoneros para volver a charlar con ella, pero segu-

ramente eso deba esperar: ahora debo dirigirme a la redacción donde trabajo. Allí podré averiguar discretamente lo que Morfeo o quien fuera me ha robado en los últimos tres días.

Llego al edificio de Postas y Correos que da nombre a la calle y me detengo de golpe.

Es domingo, y por tanto día de descanso para el limitado personal. No obstante, me acerco ofuscado hasta la entrada en la Plaza del Ayuntamiento para comprobar que el local se encuentra cerrado a cal y canto: ni siquiera está don Luis, el director, ni Matías, el linotipista que ha hecho de la redacción su segundo hogar.

Doy un puntapié a la puerta, que resulta grotesco a causa de mi debilidad.

El casino permanecerá cerrado hasta que finalice la concurrida misa de las once. La única taberna abierta donde despejar mis dudas es la de mi viejo amigo Paco Carrión, en la parte opuesta de la plaza.

Al salir del soportal vuelvo a sentir el frío de la mañana. Me abotono bien la chaqueta, me subo las solapas, levanto la mirada y me encuentro cara a cara con Manuel Messía. Esperando la bronca y el consiguiente bochorno, inclino avergonzado la cabeza y saludo al médico.

—Joaquín, hombre, ¿ya te encuentras mejor? —se sorprende—. Se lo dije a tu tío, eres más fuerte de lo que parece, muchacho. Mañana podrás hacer vida normal... Aunque con todo lo que ha pasado, «normal» no sería la palabra adecuada. Queda con Dios, que yo voy a verlo ahora a misa de ocho y llego tarde.

Cruzo lo que me resta de camino desconcertado por las palabras del médico. ¿Qué es «lo que ha pasado»...?

Paco Carrión aún no ha terminado de limpiar; barre el suelo arenoso del local con un cepillo de ramas. Las pocas sillas de madera reposan encima de las mesas.

Aturdido aún, traspaso el umbral.

La mirada del viejo mesero se hunde en la mía como un puñal de circo, y con un par de zancadas se planta frente a mí.

Recibo un empujón que me arroja afuera de la taberna. El gesto del que hasta ahora consideraba casi un amigo me duele probablemente más que el golpe que recibo en la frente contra una columna.

—Aquí no quiero gente como tú, por muy hijo de tu padre que seas —y un sonoro portazo pone punto final a sus palabras.

Las pocas personas que pasan por la plaza me miran como a un delincuente al que deberían ajusticiar.

No entiendo nada. Esta pesadilla no tiene sentido alguno. Sin saber cómo, me he convertido en un auténtico paria en mi propia ciudad. ¿Qué carajo ha sucedido durante mi convalecencia?

Me apoyo en la pared de la posada «El Sol» para recomponer mi maltrecha figura. Al pasarme la mano por la frente se mancha de sangre: una pequeña brecha marcará durante algún tiempo mi desafortunado encuentro con el tabernero.

Paso hasta el recibidor de la pensión esperando que doña Josefa tenga algo de yodo y un pañuelo. Mis ojos se posan como perros cazadores en la pequeña mesa de la entrada. Un par de ejemplares de *La Gaceta* son ahora muy valiosos para mí.

Un muchacho de no más de quince años casi me sorprende guardándomelos en la chaqueta.

—¿Desea una habitación, señor?

—No, no... Busco a doña Josefa.

—En estos momentos no está. Soy su sobrino; si le sirvo yo...

La campanilla de la puerta suena a mis espaldas; una voz brusca y conocida nos interrumpe.

—Niño, que dice el señor alcalde que vayáis preparando lo de la habitación *pa'l* de Tomelloso a nombre de Manuel González, que llegará en una de las diligencias a lo largo de la mañana.

Ni siquiera me vuelvo; después de todo lo que está sucediendo no me apetece encontrarme con la jeta del *Malahostia*, el alguacil local.

El nombre que pronuncia, sin embargo, me es familiar, y al darme cuenta de a quien ha mencionado, un ademán de sorpresa me traiciona.

—Oye, tú no eres... —dice el alguacil.

Salgo de forma tan precipitada que casi le arrollo. No sé por qué no me persigue, pero tampoco me detengo a pensar en ello. Necesito que alguien me cuente lo que ha pasado.

Como si no bastase para confundirme con los huecos de mi memoria, ahora el alcalde se trae a un jefe de policía pueblerino. Espero que no sea por algo relacionado con nuestra fracasada visita al gordo Balboa.

Ese gordo cabrón debe de haber utilizado su trabajo en el Ayuntamiento para jodernos. Bueno, arrieritos somos y en el camino nos encontraremos.

Tengo que hablar con mis dos compadres. No ir antes a buscarlos ha sido un error. El periódico, mi tío... No sé cómo he podido priorizar otras cosas.

Ramón vive al final de mi calle, lindando con la de Alarcos, en una de las casas más humildes de toda la zona. Dando un rodeo para no pasar cerca de la mía, me acerco a su puerta. La aldaba suena con fuerza y un llanto apagado que parece provenir del interior de la casa cesa de pronto.

Mientras espero a que me abran, me llama la atención un ligero movimiento en los visillos de la ventana más próxima. El lloriqueo se reanuda y desazonado vuelvo a golpear compulsivamente la aldaba. Lo único que consigo es alejar el llanto hacia el interior de la casa.

Nada de esto tiene sentido. ¿Qué está pasando aquí?

Algo mareado, camino hacia la calle del Olivo. La casa de Va-

lentín, en un solar grande rodeado de descampados, es mi último recurso.

Me atiende su padre, Marcial, cuyo rostro se tensa al verme. Abre la puerta de par en par para engancharme de la pechera.

—¿Cómo te atreves, hijo de puta?

El mundo se me parte en dos a la vez que cruje mi nariz, aplastada por su puño.

El golpe y la caída me dejan conmocionado, pero no lo suficiente como para no sentir la coza descabellada que me suelta entre las costillas.

—No te quiero ver en la puta vida, *desgraciao*.

No comprendo qué ocurre; quizá por eso ni siquiera intento defenderme. Lo nota y permanece durante un rato ante mí, desafiándome. Mientras se aleja, me maldice con una retahíla de insultos.

Me incorporo renqueante, con la visión nublada y un hilo de baba colgando de la mandíbula, recordatorio de la sangre vomitada tras la paliza. A duras penas consigo llegar a casa.

Una vez allí intento alcanzar unas sales de la cocina y beber algo que me entone, pero no lo consigo. Mi tío Domingo no da señales de vida, así que me arrastro hasta el diván de la sala grande. Hace frío y no me quito la chaqueta. Al apoyarme sobre el respaldo, siento en el costado dolorido las páginas del periódico.

Nada más ver una de las portadas, compruebo cómo mi universo reciente se desmorona.

# La Gaceta

20 de noviembre de 1925

## **INNOBLE CRIMEN UNA JOVEN MUERTA EN NUESTRA LOCALIDAD**

Pasada la medianoche de ayer, llegó a esta redacción el aviso de que a la altura del número siete de la avenida del Parque, a pocos metros de la vía del tren, se había cometido un crimen en la persona de una joven mujer.

La víctima era hija del ciudadrealeño retornado don Nicolás Mesoneros, hermano del insigne empresario ceramista don Antonio Mesoneros. La desgraciada

muchacha fue mancillada y posteriormente ultimada con algún objeto contundente, tras salir de su domicilio al término de una recepción.

Fuentes bien informadas indican que ya se ha producido una detención; trataría-se de un joven con antecedentes policiales, arrestado en el momento en que, con posterioridad al feroz crimen, intentaba asaltar una de las viviendas vecinas.